

CERDOS

Está viniendo hacia aquí, y las lóbregas baldosas quieren romper a llorar. Resuenan sus pasos en el largo pasillo, sombrío y vacío, solo salpicados por esa blanca luz parpadeante parecida a tu valentía: constantemente intermitente. Recuerdas ahora los correteos por estos mismos recovecos de pequeña con tu hermano, mientras mamá compraba y no aciertas a entender como has terminado aquí. Sola y aterrorizada, alumbrada exclusivamente por el foco de tu pequeña tienda, intentando saber de qué forma se esculpieron tus miedos, pero levantas la mirada y te encuentras con sus lacerantes ojos sonrientes por encima del mostrador, y ya sabes el rostro de tu escultor. Dejas el cuchillo de media luna y el gancho encima del pilón de corte y de forma delicada, porque ya solo tú puedes tratarte así, te retiras suavemente el guante de malla. Sabes que le has intentado evitar, pero eso en su jurisdicción significa falta grave. Te acaricias el cuello mirando hacia abajo, ¿por qué te engañas pensando que la sumisión lo calmará?, mientras él se introduce por el lado derecho del mostrador donde está la puerta de entrada y reflexionas que nunca lograste presentir que la palabra infamia pudiera llegar a tener huesos, cartílagos, manos y pulmones. Ni mucho menos corazón.

En el mercado no hay absolutamente nadie, por lo que la vesania del torturador tiene plena libertad. Se da aire aburrido, aunque en realidad la ansiedad hierva su sangre, y se pasea distendidamente con su ropa de calle por la tienda, mientras tu sigues inmovilizada y bloqueada. Quieres ponerte a llorar, pero no le darás ese gusto y solo piensas concederle una lágrima, deseas no gritar de dolor cuando te abra las piernas y solo le otorgarás algún gemido. Huele tu miedo, pero espero que también perciba mi asco. Te empieza a tocar por detrás, de forma dócil, mientras tu sigues de pie con las manos encima del tajo, sintiendo su aliento en tu nuca y piensas dónde te golpeará esta vez, siempre esperando que no sea la última para poder contarlo, deseando que sí lo sea para que no haya más

sufrimiento. Sus manos comienzan a recorrer tus brazos y se pega a ti, notando como su miembro se endurece y comienza a estar erecto, tocando a través de los pantalones tu ano, subiendo y bajando, restregándolo con fruición contra tu culo, al mismo tiempo que finaliza el recorrido de sus dedos por tus brazos hasta que sientes la presión de sus manos en tus nudillos, y como de forma lenta agarra el cuchillo por la empuñadora con la derecha y dándole la vuelta te lo pasa por la parte no cortante por encima de los dedos. Uno a uno. Quieres gritar, pero no solo te ha cortado los dedos ficticiamente si no también la voz, el alma, el querer sonreír a los demás por la mañana, el cantar en la ducha en vez de llorar aprovechando el ruido del agua.

– Guarda las cosas en la cámara frigorífica.

Escupes un largo, sordo e inane hijo de puta mental, que finalmente se traduce en una feral lágrima recorriendo tu mejilla. Le suplicas a susurros que por favor no haga lo de la última vez, que no te encierre, que no te deje a punto de la hipotermia y te sientes culpable porque eres débil, y te preguntas si el resto de mujeres también se siente así. No quieres levantar la mirada y que vea tu compungida cara, tu congestionado rostro, pero le oyes reírse, decir a carcajadas que aquello fue un descuido: saber que miente. No quieres ir y un inexplicable tengo que terminar las bandejas para mañana, que ni tu misma comprendes como ha salido de tu boca, le corta la risa en seco, y a ti la respiración. Contestación equivocada, porque la respuesta siempre debe ser la que él quiere, porque él es dueño de tus contestaciones, de tus palabras, de tus sílabas, de tu tiempo. De tu vida.

Antes de poder enmendar el error, de suplicar, de llorarle estas en el suelo después de recibir un duro puñetazo sobre la boca del estómago, retorciéndote, oyéndole gritar sin saber cómo le has podido contradecir. Te preguntas porque deberías exactamente querer seguir viviendo, pero te das cuenta estúpidamente que en realidad es él quien decide. Tus pensamientos quedan devastados cuando se sienta ahorrajadas sobre ti cortándote la

respiración al taparte la boca con la mano, el aire no sale, y el pecho se hincha intentando encontrar la esperanza en algún rincón de tus alvéolos, te golpea dejando caer todos los nudillos hechos de ira sobre ti, pero muerdes. Notas la sangre en tu boca, en la lengua, el curioso sabor del alma. Se incorpora asombrado y te arrastra tras de sí agarrándote del pelo y el brazo dejándote bloqueada encima de la mesa de corte, cogiendo el cuchillo de media luna dispuesto a tratarte de la forma más brutal y sádica. Ya no hay más y todos los relojes de arena han sido completamente volcados, es el poder que ya no tiene necesidad de demostrarse, no necesita pruebas sobre él mismo, no cabalga contradicciones, la muerte que viene hacer los recados olvidados. Se crecen los ánimos, se fortalece la fuerza con la herida. Agarras el gancho que ha quedado a tu derecha con la mano libre y lo lanzas contra su rostro, incrustádoselo de lleno. Te ha salpicado la cara, los brazos y el delantal su asquerosa, roja y espesa maldad mientras se desplomaba al suelo. Lo miras. Un cuerpo muerto, un trozo de carne sin memoria. El pasado gritos que se van convirtiendo lentamente en lejanos susurros. Con la mano limpias la sangre de tu cara y mientras enciendes la picadora te imaginas la gran sonrisa que le dedicarás mañana a la vecina cuando te pida cuarto y mitad de cerdo.